

Es paradójico, pero prostitutas y bandoleros han sido tradicionalmente gente de arraigada devoción. Así lo confirma la entretenida y biográfica novela



Historia de un bandido

Por Juan Guillermo Prado

“Responso para un bandolero”, de Enrique Volpe, cuyo protagonista es Segundo Catalán, un salteador, cuyas correrías las vivió en la zona de la Cuesta de Chacabuco y que en los últimos años de su vida fue amigo del autor del libro.

La fe y la superstición fueron inseparables en la vida de este bandolero. En el texto aparecen: antiguas oraciones y devociones populares, curanderos y “meicas”, leyendas y rituales mágicos y hasta supuestos pactos con el diablo. Es una novela que contiene tanto conocimiento mágico que de su lectura es posible determinar las características del folklore esotérico del valle central.

El protagonista no murió en su ley como sucedió con muchos de sus compañeros de correrías, con el tiempo se convirtió en rentista y colaborador del ultramontano Partido Conservador. Es curioso, pero el maridaje entre bandoleros y políticos ha sido frecuente en nuestra historia.

Hasta la dictación de la ley que creó la cédula única electoral, en el año 1962, fue habitual recurrir a estos delincuentes como agentes electorales.

Segundo Catalán, apodado el Corralero, es de la misma estirpe de bandidos tan famosos como el Nato Eloy, el Chiquillo del Trébol o el Tuerto Palominos, que asolaban los campos cercanos a Santiago,

en tiempos no muy lejanos. Aunque parezca increíble, aún hoy en la zona de la Cuesta de Chacabuco, Colina, Quilicura y otras localidades rurales del norte santiaguino es frecuente

el abigeato. Los delincuentes arrean los animales a través de ignotas huellas, lejos de la persecución policial, apareciendo por los cerros de Huechuraba.

El bandolerismo ha sido un fenómeno social y político poco estudiado, quizás por su carácter delictual. Por ejemplo, la banda de los Pincheira, exterminada en 1832, fue un grupo trashumante que congregó a unas dos mil personas, más que muchos pueblos y villas de la época, bandidos, mujeres y niños, de todas las condiciones sociales, que habían sido capturados en sus correrías, ellas habían procreado con los bandidos 268 niños. Fue un problema, para las autoridades, que esas mujeres retornaran a la sociedad. Algunas habían sido raptadas cuando niñas y no recordaban su tierra de origen: otras ni siquiera tenían familias, pues los bandidos las habían exterminado y muchas no querían volver a sus hogares, después de los ultrajes sufridos.

En este siglo ha variado el accionar de estos delincuentes rurales. Ya no forman bandas estables, los cómplices se reúnen y separan según las circunstancias. Así ocurrió con el protagonista de la novela “Responso por un bandolero” que, como muchos de sus compañeros de andanzas, en su infancia fue marginado por una sociedad donde no tenían cabida los hijos de los campesinos pobres.